

—Estoy perdida—le replicó al momento—. Rouletabille me trajo engañada, y ahora estoy detenida. La culpa es de usted—siguió diciendo, cada vez más irritada—. Si usted hubiera querido, ha tiempo que Rouletabille... Pero usted no piensa más que en Odette... ¡y en Juan! Usted no debió poner el *Libro de los Antepasados* en el equipaje de Juan, sino en el maletín de Rouletabille...

—No perdamos el tiempo en reproches inútiles... Los perdemos si continuamos unidos... ¿Qué quieren de nosotros?

—Que les diga todo lo que sé de usted, y a esa costa me pondrán en libertad... Rouletabille ha logrado convencer al patriarca de que usted escondió el libro en el equipaje de Juan.

—Pero no lo pueden probar—dijo Hubert en tono apagado de protesta—. ¿Me cree usted imbécil? *Le juro que nadie me ha visto.*

Apenas dicho esto, se recorrió el cortinaje y vieron sitiados por vociferantes turbas.

Los cíngaros se precipitaron aullando:

—A muerte los dos.

Andrés le echó la zarpa a Hubert, y cuando el resto de la cuadrilla, ante el patriarca y los ancianos impasibles, iba a caer sobre *El Pulpo*, ésta en un santiamén se quitó el sombrero, el velo y la peluca, y apareció ante los ojos estupefactos de la Asamblea con *los rasgos fisonómicos de Rouletabille.*

### CAPÍTULO XXX

*Miserere*, dice el hombre, y en el tonante cielo dice el viento: ¡*Miserere!* ¡*Miserere!*, dice el mar. ¡*Miserere!* ¡*Miserere!*

*La leyenda de los siglos.*

ESTOS trágicos sucesos tuvieron su lógico desenlace en la siguiente comedia. Los trapaceros serían muy temibles si no encontrasen con frecuencia en alguna encrucijada, no la espada de dos filos, arma pesada en consonancia con su armadura, sino un alfiler que les pincha el vientre y los deshincha como si fuesen vejigas llenas de aire. Cualquier farsa los derriba, y hay que inclinarse para ver lo que queda del formidable monumento de tela pintada, obra de su fábrica de embustes.

Feodor y el docto bibliotecario accedieron, ávidos de curiosidad, a la representación de la cruenta farsa. Rouletabille, que se trajo del hotel el disfraz guiñolesco preciso para llevar a cabo la única estratagema que podía salvarles, no titubeó en comunicársela al

patriarca y al docto anciano, y al obrar así, tuvo la intuición de acertar el camino; pues a Feodor, como verdadero jefe de Estado, le pareció preferible entregar a la fiera del pueblo, que exigía su presa, una víctima menos ilustre que Rouletabille y menos comprometida en el mundo diplomático que Santierne (pues a este respecto había ya recibido la visita del cónsul de Valaquia), sin contar que la muerte de estos jóvenes acarrearía la de la doncella convertida en reina a su pesar, crimen achacable en todas partes a los autores de la aventura... Ahora bien: ¿no tenía en ello parte de responsabilidad el patriarcado?

Sobran razones para que triunfase la verdad, y la verdad lució esplendorosa, aunque de modo tan inesperado para algunos, que Hubert, a favor del desorden provocado en la Asamblea por las transformaciones de Rouletabille, desprendiéndose de las garras de Andrés, de un brinco ganó la ventana y saltó al jardín... y tras él corrió alocada compacta muchedumbre, a la cual, con el gesto y a voces, espoleaba el propio patriarca.

¿Y qué hacía Odette en tanto? Se moría de risa viendo a Rouletabille con basquiña aún, a medias hombre y mujer, y en la facha más graciosa que puede imaginarse.

—Ya decía yo que había que dejar en libertad de acción a nuestro querido Zo.

—¡Eso es—exclamó Juan—lo que tenías en tu pe-

queño equipaje! ¡Por eso no tenías otra manía que la de tu maletín de aseo! ¡Habías ya urdido tu enredo! ¡Listo tenías el disfraz! ¿No podías habérmelo dicho?

—¡Quia!—murmuró Rouletabille—. Siempre lo mismo... Si te hubiera dicho: «Espérame, que voy a buscar el sombrero y el velo de la señora de Meyrens», no me hubierais aguardado, de no estar Odette.

—Sí; pero estaba Odette—dijo ésta—, y Odette no quiso marcharse sin su querido Zo.

—Odette es un ángel—exclamó Rouletabille.

—¿Y yo?—preguntó Juan.

—Tú, un burro, como todos los enamorados.

—Gracias... Pues bien, este burro te va a dar un buen consejo... Pues este asno cree que cuando la señora de Meyrens sepa la mala pasada que le has hecho...

—Déjala correr—repuso Rouletabille—... Nada temas: no vamos a envejecer en este país.

Y ya correcto y sin afeites, Rouletabille se presentó ante el patriarca y le espetó este discurso:

—Se atraparé al culpable o no se atraparé. En uno y otro caso, nada tenemos que hacer aquí, pues si se le atrapa, no hemos de presenciar su suplicio; y si no se le atrapa, será un disgusto para nosotros, reconocidos ya inocentes, asistir al nuestro.

Feodor juzgó este discurso como dechado de sabiduría, y lo dispuso todo de manera que Rouletabille y sus amigos pudiesen abandonar sin más tardanza la

capital. Por lo demás, protegió esta marcha precipitada con un decreto de expulsión que se apresuró a promulgar.

Entretanto, no cesó un minuto la persecución a Hubert, al cual, en estos momentos épicos, se le ofreció coyuntura de desplegar todos los recursos, toda la fuerza y todo el coraje de los héroes más renombrados de la Antigüedad y de la Edad Media. Todo vuelve a través de los tiempos, lo que casi equivale a decir que nada cambia, y hasta el tiempo no es más que una ilusión. Ya hemos visto a ese caballero fantástico rodeado de una nube de enemigos, a los que bate a puñetazos a la hora de un crepúsculo sangriento, como se dieran al sol hecho ascua... en los campos de Ilión y en los Circos de la Muerte, en la «Canción de Rolando» y en las áureas llanuras de la Camargue, antes de perecer tragado por el abismo traidor del lago en los confines del país de la peste...

Hubert murió como un héroe regenerado por la muerte, pues fué alevoso por amor... ¡Ah! ¡Hermosa fué la batalla! ¡Qué salto dió para verse caballero sobre un caballo semental! Pero el bruto lo despidió como si fuese un bólido contra los pechos de sus perseguidores, que cayeron a tierra, y contra la turba, que retrocede...

Y ya están las puertas franqueadas... libre el espacio... La noche... la huida... la libertad quizás...

Pero no. Además de los hombres, las bestias. Una

manada de búfalos bravos le rematan, le destrozan. El infierno le ha arrojado las cuatro pezuñas de un caballo, y ya no devuelve las coces.

Y baja también, caballero de la muerte, a las sombrías mansiones...

Un gesto precipita el fin. Hubert muere por haber amado a Odette y no haber sido correspondido... Muere por una sonrisita que le negó la joven... Haya hecho lo que haya hecho: ¡Miserere!... ¡Miserere! ¡Miserere! ¡Pobres hombres!

## CAPITULO XXXI

### ENTREVISTA EN PARÍS PARA CONVENIENTES MANIFESTACIONES

Se anuncia el próximo enlace de Juan de Sautierne con la señorita de Lavardens. Se celebrará la boda en la mayor intimidad, por reciente duelo de la novia. La ceremonia se celebrará en la iglesia de Lavardens (Bocas del Ródano).»

Rouletabille, ya entre sus lares del barrio Poissonnière, leyó y releyó estas concisas líneas, que publicaba la Prensa de aquella mañana. Las releyó fumando su pipa, sin más exteriorización de los sentimientos que le embargaban que su modo de aspirar el humo y devolverlo con brusca fuerza por la nariz. Evidentemente no revelaba gran satisfacción... Pero ¿por qué y en qué aspecto no estaba satisfecho? ¿Lo sabía acaso? ¿Qué más podía esperar? ¿No había completado su obra? Aquellas líneas que danzaban ante sus ojos, ¿no eran el coronamiento de todos sus esfuerzos? Había

sembrado la dicha en torno suyo... ¿Qué más le faltaba hacer? Esta cuestión se planteó, y acabó por contestarse en alta voz y muy nervioso:

—¡Nada!

En esto se abrió la puerta de su despacho, y apareció Juan.

—Ea, Rouletabille..., puedes estar satisfecho—empezó diciendo Santierne ebrio de felicidad—; ¡no se habla más que de ti en toda la Prensas!..

—¡Oh!, también de ti se habla un poco, querido—le replicó Rouletabille, disimulando a duras penas la rápida emoción a que se entregó momentos antes de la llegada de su amigo..., y le señaló los renglones que anunciaban su próxima boda.

—Sí, se habla de Odette y de mí, ¡claro está!, pero el héroe eres tú; tú, el *deus ex machina*... Tú eres el hombre vencedor del destino y de los bohemios, el que se metió a Sever-Turn en el bolsillo... He venido a decirte, querido Rouletabille, que nuestro agradecimiento, el de Odette y el mío, serán eternos. Una vez más, gracias...

—Ya te he dicho que no hay de qué... Ea, querido Juan, abrázame y vuelve pronto al lado de Odette.

—¿Me echas?

—No; pero me imagino que Odette te espera.

—Sí que es verdad.

—¿Está enferma?

—No; vaya una pregunta...

—Te lo digo porque me extraña que no te haya acompañado.

—Sí que quiso..., pero hallé un pretexto...

—¿Para venir solo?

—Claro. ¡Oh!, no se aburre; está recorriendo almacenes con su antigua *aya*, la sirvienta, ¿sabes?, la que puso de patitas en la calle el señor de Lavardens a raíz del regreso de Odette... cuando volvió de casa de su tía—acabó diciendo Juan sonrojado.

Rouletabille miró a Juan gravemente y se sentó impasible.

—Sí—repuso Santierne, un poco confuso, al parecer—, he querido venir solo para hablarte de... de... de la señora de Meyrens.

—¿Quieres hablarme de la señora de Meyrens?

—Sí... de *El Pulpo*, y de otra cosa a propósito de *El Pulpo*... de una cosa que debí habértela dicho hace tiempo y nunca... te dije nada, por delicadeza... porque para mí tú estás muy por encima de ciertas contingencias y de ciertas gentes... Tú, en primer lugar, estás por encima de todo... ¿Comprendes?

—No... no te comprendo, y te ruego que me expliques... que te expliques con toda claridad—replicó Rouletabille, cada vez más glacial.

—Pues bien, querido, eso quiero también. Quizás sea yo «un adoquín», pero he aquí lo que pensé: me dije: no es posible que Rouletabille diese con el truco tan de buenas a primeras en Sever-Turn.

—¿Qué truco?

—¿Cuál ha de ser? El de tu transformación en la señora de Meyrens..., transformación, sin duda, realizada más de una vez... ¿Estás?

—Continúa... que me interesas —respondió el repórter, cada vez más frío.

—Hubert cayó tan fácilmente en el engaño en Sever-Turn, porque vió ante sí a la misma señora de Meyrens que vió en tantas ocasiones... *a la misma que vió en Innsbruck...* y la que vió en Innsbruck, ¿no era igualmente Rouletabille? Ea, ¿lo he adivinado?

—Hiciste mal en calificarte de adoquín...; eres muy inteligente —murmuró Rouletabille.

—Ea, riete conmigo, querido, riete... Me alborozó el haber adivinado... Pero riete...

—Espero para reirme a que ya nada tengas que adivinar...

—Pero ¿no te has burlado aún bastante de nosotros? Y yo que creía que la señora de Meyrens pasó la frontera a nuestra zaga... y que se fué con Hubert y que le sonsacaría tus secretos... ¡Ah! eres muy grande! Y yo que os acechaba..., y me arrecí en la calle, esperándoos..., y entré en el hotel, y en tu cuarto te sorprendí vestido de pijama..., ¡bandido!; acababas de quitarte la basquiña y el velo de la señora de Meyrens..., y me viniste con cuentos sobre lo que habías hecho, y me referiste la visita al cuarto de ese endiablado Hubert... Al fin, merced a tus ardides, lo-

graste averiguar lo que decía aquella página romancha.

—¡Admirable deducción! —exclamó Rouletabille.

—Más adelante supiste que Hubert (te lo había dicho el propio interesado) se empeñó en hacerse con Odette para entregarla de nuevo a los cíngaros, y he aquí por qué te apostaste, para sorprenderle, en la carretera de Sever-Turn.

—Lo grato para ti —declaró el repórter con impresionante gravedad—, es que no hay necesidad de explicarte nada.

—Pues bien, sí... queda una cosa, querido Rouletabille..., y te ruego me la expliques.

—Ese abominable Hubert me dijo que la señora de Meyrens...

—¡Ah!, ya caímos...

—Que la señora de Meyrens (esto es, tú) le enseñó dos cartas de Odette en las que decía que te visitó en tu casa de París... Puedes imaginarte cómo oí esa confidencia. No quise oír más... Luego he comprendido que debiste de enseñarle esos documentos, cuya importancia subrayarías, para que a su vez te descubriera los suyos y no dudase de la enemiga que la pretendida señora de Meyrens profesaba tanto a Rouletabille como a mí mismo... Ahora bien: puedo asegurarte que desde el primer momento creí apócrifos esos documentos, esto es, forjados por las necesidades de la trama.

—¿Has hablado de esas cartas a Odette?—preguntó sencillamente Rouletabille...

—No. Hubiera constituido una injuria. Por eso tampoco te he dicho nada hasta ahora.

Rouletabille se levantó, estrechó la mano de Juan y le dijo:

—¡Eres una alhaja! Sólo que esta vez no diste en el clavo. Las cartas existen y son auténticas... Helas aquí—agregó con cierta emoción, sacándolas de un cajón—. No he podido aún devolvérselas a Odette... Se las entrego a su marido.

No es posible imaginar la agitación de Juan.

—¡Odette! ¡Odette vino aquí! ¡A tu casa!

—Sí, a mi casa...

—Y yo nada supe...

—Nada supiste... Cálmate, Juan; te digo que te tranquilices y... mírame. No hagas el burro. Odette vino aquí loca de celos, dispuesta a saber lo que hubiese de cierto en tus relaciones amorosas con Calixta... vino como una chiquilla, a armar toda clase de escándalos... ¡Parecía una salvaje! La verdad, me espantó, pues no la conocía bien, desconocedor entonces de su sangre cingara... ¡Ah, te juro que te quiere, pues bien te odió por achaques de esa Calixta... Te detestó una hora, durante la cual su antigua criada y yo no hallamos medio de calmarla. Imagina lo que hubiera pasado si llega a verte paseándote en auto con Calixta... En fin, se echó a llorar... Me fué entonces ya fácil

convencerla; le enseñé cartas tuyas, de las cuales se desprendía con claridad más diáfana que la de la aurora en Lavardens, que desde hacía tiempo nada tenías que ver con Calixta... En fin, pude meterla en el tren con su criada, y avergonzada me arrancó la promesa de no decirte jamás nada de su viaje a París... Ahora que lo sabes todo, querido Juan, ¿en qué más puedo servirte?

## CAPÍTULO XXXII

REUNIÓN EN LAVARDENS PARA CELEBRAR UNA CEREMONIA QUE A NADIE SORPRENDERÁ

CUANDO los dos jóvenes no reñían, se abrazaban. Juan era tan feliz por lo que acababa de saber y tan grato sesgo tomaban sus asuntos personales, que a poco asfixia a Rouletabille a fuerza de abrazarle.

—Eres el más noble de los amigos.

—¿Por qué el más noble?—dijo Rouletabille, desprendiéndose, en tono de protesta—. Soy amigo tuyo, y basta.

—¡Basta!, ¡palabra sublime!—exclamó Santierne en tono doctoral y enjugándose los ojos—. Pues bien, ahora voy a decirte...

—No me lo digas—repuso el periodista abriéndole la puerta—. Nada tienes que decirme... Odette te espera... Vete con ella... Abrazala de mi parte... y adiós...



—¿Cómo adiós? ¿No vendrás a Lavardens? Tú, Rouletabille, ¿no asistirás a la boda?

—Querido... Voy a descansar en algún retiro..., aquí cerca..., en América...

—Si haces eso..., si te vas a América antes de nuestra boda... ea...

—¿Qué?

—Pues... creeré... ¡No!, no creeré—repuso de pronto viendo cómo se irguió ante él Rouletabille con palidez mortal en el semblante—; pero quédate—díjole en tono suplicante.

—Bien—contestó Rouletabille tendiéndole la mano, fría como el hielo—, me quedaré.

Juan se volvió dando a Rouletabille un último abrazo, que éste recibió impasible y sin devolverlo.

—Me quedaré..., pues aún les hago falta.

Y cerró la puerta, se hundió en la butaca y encendió la pipa.

—Él es guapo mozo—dijo en alta voz—. Y ella también..., también es muy gentil...; harán magnífica pareja.

En este momento se abrió la puerta y Juan, como loco, se dirigió a Rouletabille.

—Rouletabille, ¡ella, ella está aquí!

—¿Quién? ¿Odette?

—No; Calixta... Calixta ha vuelto.

—¡Ahl Si no es más que eso—repuso el repórter sentándose en el butacón—, ya lo sabía.

—¿Cómo? ¿Lo sabías y no me dijiste una palabra? Calixta sin duda ha vuelto a París con las peores intenciones...

—Probablemente—replicó Rouletabille—; pero tranquilízate, querido Juan...; ya me las he arreglado para que no vuelva sola a París... Podría aburrirse la pobre Calixta...

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? No hay más... No pierdas el tiempo tontamente. Vuelve al punto con Odette a Lavardens y *cásate tranquilamente*.

—No estaré tranquilo si no nos acompañas.

—Pues bien, os acompañaré; ¿ya estás satisfecho?

—Y Odette lo estará..., pero dime: ¿realmente nada temas de Calixta?

Rouletabille levantó los hombros.

—En seguida que supe que Calixta había llegado a París (y yo la esperaba) me las compuse de modo que Andrés viniese a juntarse con ella. El gitano llegó esta mañana... Ya está listo el arpeo, y créeme que no le soltaré.

—¡Ahl! ¡Rouletabille, Rouletabille! Siempre estás en todo. ¿Cómo te podré pagar?... Atiende, querido Rouletabille: si un día *El Pulpo* se mete contigo..., pues ereo firmemente que tratará de vengarse del desparramo con que has abusado de su personalidad en Innsbruck y en Sever-Turn...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

— ¡Qué bien te expresas! ¡Abusar de su personalidad!

— ¡No digas tonterías! Ea, entonces, a una señal tuya, ya me verás si soy capaz de...

— No esperaba menos de ti, querido Juan. ¡Cuento contigo! ¡Diablol Ya puede *El Pulpo* ponerse a buen recaudo...

Días después, en la iglesia de Lavardens, muy pequeña para contener a una muchedumbre de amigos, que no fueron invitadós, antiguos amigos de la Camargue, de la Cran y de la comarca de Arlés, se celebró la boda de Juan con Odette... Todos los mayores de las Marías circundantes y los pescadores de Santas Marías vinieron a expresar sus votos a la señorita del Viei Caston Nou, a la cual vieron de niña, amazona cogida a la crin de briosos potros sin freno por las llanuras... Algunos se acordaban de que no era de la ciudad el que le acompañaba en esas correrías, pero nadie pronunció el nombre de Hubert. Hay pequeñas hadas que no se hicieron para ciertos paladares. Y es expuesto cabalgar tras ellas fuera de su laguna. Se cae de bruces siempre en otro lago, que acogen a la víctima y la guardan para siempre. Y dice un gran trovador poco más en una de sus canciones:

«Amo el aire libre, y estoy encadenado; ando entre las cañas con los pies desnudos; el amor es Dios y el amor pesca; después de la acción es falaz todo entusiasmo.»

Este Juan de Santierne es realmente un excelente partido; ¡no hay poca diferencia entre un mayoral y un joven como éste, tan elegante, tan fino y tan rico, querida! Me explico que se agarre a su brazo! Mirad, hermanas mías, cómo pasa Odette... Hoy, por doquiera, del campo a la iglesia, canta el poeta, no la reconocen los pajarillos de la alameda, envuelta en el blanco velo nupcial... «¿Quién es aquella bruja?», se preguntan, y todos, espantados, recelan, pero, observándola mejor, vuelven de su acuerdo y van a saludarla con alegres gorjeos...

\*\*\*

Juan y Odette se casaron tranquilamente. ¿Tranquilamente? ¿Es posible?... Sí, porque Rouletabille lo previó todo, y encadenó a Andrés con Calixta. Allí, apoyada en un pilar y sin que nadie la invitara, una mujer, mucho más curiosa que los demás, contempla el florido cortejo, que desfila. Tiene esa mujer el perfil fatídico de Calixta, su mirada colérica, sus labios temblorosos, sus dientes de loba... Una cosa resplandece en su manecita nerviosa de gitana. No es la primera vez que amenaza a Odette la hoja brillante de ese puñal... Pero una más se apaga ese resplandor. La zarpa terrible de Andrés apresa, como si fuese una argolla, la frágil muñeca, y el hombre de la ruta se lleva a su prisionera ¡para siempre!

¡Para siempre! La gitana lo sabe bien. Ya no resiste... Todo acabó entre ella y el Occidente. El cingaro la echó al pie de la carreta... La gitana recibió sus golpes con feliz estupor... ¿Cómo no fué antes más brutal? Para siempre aceptó resignada los pingajos bohemios, que no debió jamás abandonar... Su aventura fué más bien producto del orgullo que del amor. Se engañó a sí misma... ¿Cómo podía comprenderla un rumí?

¡Oh cansancio!, ¡oh dulce agotamiento tras la lucha!, ¡encanto de la derrota! Cerca tiene brazos temblorosos que la aguardan..., los brazos que rechazó siempre por empeñarse en ser una señora de ciudad... ¡Ridículo, ridículo! Fué mujer de ciudad y, sin embargo, se encerraba en la alcoba para cantarse con una guitarra de bazar las antiguas canciones de la ruta..., o bien para ver silenciosa los campamentos, ya anochecido, al borde de los bosques, cuando se dormía acariciando el hocico de *Chucho*, el abuelo de todos los perros de la tribu, cuyas blancas barbas peinaba todas las mañanas con cuidadosa ternura. ¡Pues bien!, *Chucho* no murió porque sabía que ella volvería...

Y, además, colgada en la carreta estaba la vieja guzla, cuyos acentos alegraron sus primeros pasos... Andrés descolgó el venerable instrumento, y las cuerdas tañidas por sus dedos vibraron con ritmo milenario.

Se sentó junto a ella... La gitana lloró lágrimas de sumisión y de... aceptación.

Y al descansar su cabeza en aquel pecho anhelante, tantas veces rechazado porque sabía que al cabo sería su dueño..., la gitana no se sintió del todo desgraciada.